



La desaparición del exterior

Antonio Méndez Rubio

Cultura, crisis y fascismo de baja intensidad



ANTONIO MÉNDEZ RUBIO, *La desaparición del exterior. Cultura, crisis y fascismo de baja intensidad*, Eclipsados, Zaragoza, 2012, 247 pp. ISBN 9788415077244.

“Preguntar es estar sin pertenencia el tiempo que dura la pregunta; es estar sin pertenencia en la pertenencia, sin lazos en el lazo. Desatarse a fin de atarse mejor para volver a desatarse; es, del *dentro*, hacer un *fuera* perpetuo; es liberarse y, de esa libertad, disfrutar y morir”.

Edmond Jabès, (2004): *El libro de los márgenes II*, trad. Begoña Díaz Zearsolo, Arena Libros, Madrid, p. 24.

En la “hora insegura” del presente apenas sabemos cómo podríamos inventar una salida. La claustrofobia, para quienes queremos respirar, es cada vez más evidente. *La desaparición del exterior: Cultura, crisis y fascismo de baja intensidad* (Eclipsados, Zaragoza, 2012) de Antonio Méndez Rubio incide precisamente en esta suerte de encierro globalizado en el que estamos atrapados. Siguiendo las huellas de sus trabajos anteriores, entre los que cuentan *La apuesta invisible: Cultura, globalización y crítica social* (2003) o *Encrucijadas: Elementos de crítica de la cultura* (1997), Méndez Rubio reúne en esta nueva publicación ensayos escritos a lo largo de casi una década, incorporando algunas entrevistas en las que no esquiva la polémica. Con su habitual lucidez, el autor problematiza las condiciones del presente a partir de una tesis crítica vertebradora que podría esquematizarse del siguiente modo: el capitalismo actual está produciendo una suerte de *desaparición del exterior*, esto es, el borrado de las huellas de otro mundo posible, poniendo en riesgo la *vida* misma de una parte cada vez más

significativa de seres humanos.

Si el capitalismo contemporáneo transforma el *afuera* significado como “amenaza” en una interioridad perpetua (que de forma irónica expulsa las dimensiones más perturbadoras e imprescindibles de la subjetividad, comenzando por su deseo y su imaginación), Méndez Rubio procura desandar ese camino mediante una interrogación radical, haciendo –como diría Jabès– del *dentro* un *afuera* o, si se prefiere, desanudando aquello que la cultura hegemónica construye como definitivamente anudado (incluso bajo la idea de una “naturaleza humana” ahistórica e intransformable). No se trata, desde luego, de limitarse a denunciar la claustrofobia del actual orden globalizador; la *apuesta invisible* también implica la elucidación de formas de intervención que contribuyan a *erosionar* o *roturar* esa membrana que se interpone como invulnerable entre nos(otros). Ante esta totalización sistémica, Méndez Rubio pone el énfasis en claves culturales de corte libertario que remiten las prácticas críticas a su condición (de)constructiva, poética y política, que propicien un desplazamiento de ese “interior plácido” que se alza como una promesa ilusoria ante nuestras penurias.

El distanciamiento político de las posturas reformistas es evidente. Puesto que no hay “capitalismo humano” posible, más que limitarse a cuestionar las “falencias de la democracia”, Méndez Rubio traza su genealogía crítica contra “una renovada y legalizada



forma de fascismo histórico” (2012: 23), retomando algunas tesis de Adorno, Bauman, Sloterdijk, Virilio y Foucault entre otros. Dicha genealogía apunta a reconstruir el lazo entre fascismo y modernidad y, específicamente, el vínculo entre holocausto, industrialización y estatalismo. Si la cultura masiva tiende a reducir el fascismo al prototipo nazi, en este caso se trata de avanzar *a contracorriente*, mostrando sus “regiones comunes” con la modernidad oficial -como su industrialismo desenfrenado y su nacional-estatalismo-. Es sobre esta historización, como base conceptual, sobre la que Méndez Rubio elabora la hipótesis polémica que sostiene “(...) la existencia de un vínculo pragmático e inercial entre el ambiente social actual y un fascismo de baja intensidad” (2012: 25), entendiendo por «baja intensidad» una “presión mínima” pero constante y extendida. Sobre esos escombros se alza un orden social que se concibe a sí mismo como “régimen incontestable”, en el que *todo vuelve a ser posible* –en consonancia a la definición de «totalitarismo» de H. Arendt-. La contestación, sin embargo, flota como posibilidad: un «antipoder de raíz crítica o todavía revolucionaria» que apueste por espaciamentos o aperturas imprevistas.

Atender a las especificidades de la actual fase postmoderna y globalizada del capitalismo -en la que lo cultural adquiere mayor relevancia estratégica- es precisamente parte de unas luchas simbólicas en las que cabe revalorizar lo popular-subalterno, en tanto condición de alteridad y alteración de lo hegemónico. En particular, resulta de especial importancia la crítica a una sociedad del espectáculo que sobreproduce imágenes ante el vaciamiento del exterior, en una suerte de “virtualización de lo vivido” o “(...) espectacularización de un afuera que de alguna forma escópica sutura la herida dejada abierta por la desaparición del exterior” (2012: 45). Los peligros cernidos sobre la «comunicación» en un mundo intercomunicado son nítidos: desplaza a una zona de “solipsismo interactivo” más que a la experiencia del diálogo, mientras los espacios públicos son reconvertidos en ámbitos publicitarios. La herida del mundo, desde luego, es precisamente lo que desaparece del espectáculo: el rostro de quien sufre. El mercado global arroja al margen a los refugiados, los pobres, los desahuciados.

La pregunta por lo común, incluyendo cierta producción artística, ante una cultura que nos encierra en un estado de “ensimismamiento compartido” adquiere una fuerza renovada. Pero en vez de insistir en una forma de “activismo” irreflexivo, Méndez Rubio antepone, en primer lugar, la necesidad de concebir otras formas de vivir y de hacer. El giro histórico de un «fascismo clásico» ligado al nacional-socialismo a un «fascismo de baja intensidad» conduce, pues, a replantear lo que significa en este contexto una política radical.

“Mientras tanto, la identificación de la política con la lógica del terrorismo y de la guerra sigue su curso afable, indiferente. Así que la subversión apenas perceptible, silenciosa, le queda aún el desafío de desbordar el esquematismo y el absolutismo autista del sistema, el reto de transgredir los límites secretos de una propaganda ilimitada. Esto es: la necesidad de encontrar las fisuras improbables de una realidad sin exterior” (2012: 70).

Mirar contra las supuestas evidencias invita a poner en crisis el miedo a gran escala que el sistema produce, correlativamente a una guerra mundializada que plantea la disidencia como amenaza. En el estado de excepción en que vivimos, la «ideología de la no ideología» (en suma: el pragmatismo hegemónico) termina cercandando la existencia y la promesa de lo diferente. Si esto es cierto, si la modernidad misma tiene como contracara el holocausto, entonces, cualquier proyecto reformista deja intactas las bases socio-culturales e institucionales que producen una masacre silenciosa.



Como podrá advertirse, la gravedad de semejantes tesis no da respiro. Como un poliedro, el libro reflexiona sin concesiones sobre la guerra, la inmigración, los *massmedia*, la alianza entre mercado, estado y cultura masiva, la ciudad imposibilitada y también algunas formas específicas de resistencia cultural. Ahora bien, lejos de limitarse a constatar el desastre, Méndez Rubio Invita más bien a “una travesía que empieza desde la derrota”. La labor crítica, en este sentido, es también una forma de inventar una salida. Difícilmente pueda desplegarse tal labor sin incidir sobre una configuración hegemónica que quisiera borrar el recuerdo desequilibrante de un afuera improbable.

Nada de ello es óbice para olvidar una escalada quizás sin precedentes. La articulación específica de «guerra mundializada», «golpes de mercado» y «cultura masiva» podría hacernos preguntar si no estamos en un umbral en que el fascismo está dando lugar a *intensidades diferenciales* según los contextos históricos *locales* o *glocales*, esto es, a intervenciones de distinta magnitud según la peculiar correlación de fuerzas sociales y objetivos geopolíticos concretos.

Globalmente, nos enfrentamos a un *poder fascista* que produce en masa lo que juzga como “residuos” humanos. En *la hora insegura* del presente, seguir preguntando por ese “afuera improbable” es un asunto de supervivencia. Como dice Méndez Rubio (2012, 240):

“Precisamente porque el espacio se ha resquebrajado y abierto de una forma singularmente nueva, crítica, ahora las opciones se abren y reinventan también sin límite. Todos somos por una vez tan extras como protagonistas. Porque todo está en juego, y eso no se podía decir con la misma claridad en otros momentos o contextos. Un fascismo de baja intensidad produce un holocausto de baja intensidad, y reclama, entre otras cosas, una lucha de intensidad máxima”.

No sabemos qué hay del otro lado de esta muralla invisible pero férrea. Quizás la labor de la teoría crítica no sea tanto mostrarnos lo que hay en ese otro lugar como proveernos de un martillo para demolerlo. Una *promesa* para *ver* más allá de la ceguera planificada de la masacre. Como en Benjamin, la crítica radical no conduce a ninguna claudicación política. Más bien, pone en juego un «pesimismo organizado» que nos permita reconstruir lo deseable desde los escombros del presente.

Arturo Borra

